

—Claro como el día,—exclamaron á una los cortesanos.

—¡Infames!—rugió Santiago.

—Por Dios, Santiago,—exclamó Catalina cada vez más amedrentada.

—¡Infames!—volvió á repetir Santiago, perdiendo casi la luz de los ojos, y experimentando el vivo deseo de arremeter con toda aquella gente.

—Señor conde—gritó Santiago.

—Siervo mio—dijo el conde.

—Invoco vuestra conciencia.

—Mi conciencia obedece siempre á la voluntad.

—Pues debe dirigirla.

—No, que sumisa de suyo y callada, se somete al deseo siempre.

—Pues debe domarlo.

—Mi deseo no tiene más límites, que mi señorío. Donde mi autoridad llega, con mi autoridad llega también mi capricho.

—Nos llamamos siervos, es verdad, nos lo llaman, pero tenemos leyes, usos, costumbres, que amparan el hogar y que guardan la persona contra una tiranía excesiva dentro de nuestra misma opresión. Y así como no podéis quedaros con toda nuestra propiedad y con todos nuestros recursos, no

podéis quedaros tampoco de ninguna suerte con nuestra familia y nuestra honra.

—¿Quién te da, Santiago, derecho para dirigirte á mí con tales desacatos?

—Pues el viento de revolución que corre por toda Alemania.

—Santiago, por piedad,—le gritaba, trémula de horror, al oído Catalina.

—En eso, en viento, libras, infeliz, tus esperanzas.

—No, en algo más que en viento.

—¡Ah!

—Oidme. Ya sabemos que nos hallamos obligados á prestar el trabajo por fuerza.

—Pues si esto sabes, ¿cómo te maravillan y extrañan tantas invocaciones y privilegios antiguos, los cuales, no por desusados, dejan de ser válidos?

—Los siervos de la condesa Lupfen, prestaban de antiguo la corvea, por hábito, por máquina, por impulsos fatales del organismo, por esas imposiciones de la costumbre tan propias para engendrar en todos nosotros como una segunda complexión é íntima naturaleza. Pero la codicia rompe el saco. Impusieron la corvea, trabajo forzoso, en domingo, á fin de que cogiesen fresas para las señoras y caracoles para los caba-

llos de la corte; y tal determinación colmó su paciencia interior, haciéndola rebosar de sus verdaderos límites, y obligándoles forzosamente á una guerra, cuyos horrores devastan hoy parte muy considerable de Alemania.

—¡Oh! arrogante, Santiaguillo, en esta hora y á estas alturas te muestras.

—Se ha verificado una revolución profundísima en las conciencias.

—Cierto, Santiago, por debilidad del emperador, que no ahorcó á Lutero, cual debiera, del primer árbol de los caminos ó de la primer almena de las fortalezas.

—Será por culpa de quien queráis; pero, así como se ha verificado una revolución religiosa en la conciencia, se verificará otra revolución social en la propiedad y en el suelo.

—Santiago, por Dios,—volvió á gritar Catalina en el oído de su esposo.

—El Espíritu Santo,—continuó diciendo Santiago, sin atender á los ruegos de su mujer, y como fuera de sí, el Espíritu Santo se mezclará en el alma de cada hombre redimido; las aristocracias, mediadoras entre la tierra y el cielo, concluirán para siempre; la revelación interior ó de pensamiento, susti-

tuirá á la revelación exterior ó de palabra; la religión dejará de ser el culto externo para convertirse toda ella en una serie de contemplaciones internas y de arrebatos íntimos; y derribadas, al par de las potestades infernales y diabólicas, las potestades terrestres, el planeta se trocará en una gran república de hermanos bajo la dirección y providencia de un solo Dios, que nos iluminará y nos sostendrá continuamente desde la insondable profunda eternidad.

—Necesitas revolver todas las ideas, trabucar todos los dogmas, subvertir todas las conciencias para negarme cosa tan clara como la primicia de tu boda que resuelvo recoger, en virtud y por eficacia de mi antigua soberanía, y con el auxilio y apoyo de todas estas fuerzas; por manera, que no te resta, Santiago, ningún recurso para la resistencia, ni tienes en la tierra toda refugio alguno que puede libertarte de mi poderoso incontrastable arbitrio.

—Señor conde, no tentéis mi paciencia,—dijo Santiago con imperio.

—¡Hola! ¡hola! Santiaguillo,—añadió el conde con una carcajada exténtorea, como si le hiciera de veras gracia el excesivo audaz empuje de su siervo, cegado hasta el extre-

mo de amenazar á quien podía devorarle y consumirle, como á pobre insectillo grande y voraz hoguera.

—Mirad. Esta mujer que veis á mi lado, es mi alma misma en esencia. Sí, como Dios me ha infundido un solo espíritu, me ha infundido un solo amor, su corazón es el mundo único que yo deseo habitar, sus ojos el único cielo que yo deseo ver, su aliento el único aire que yo deseo respirar; porque la he idolatrado como á un sér celestial, desde la hora primera en que la ví ante mi presencia; y anhelo vivir cuanto me resta de vida á su lado, tener hijos de su sangre y de mi sangre, trabajar por ella y para ella en mi humilde servidumbre, y dejar en el sepulcro mis huesos junto á sus huesos, y alzar en la eternidad mi alma junto á su alma, pues no puedo existir fuera de la vivaz atmósfera de su bendito amor.

—Pero, ¿á qué viene todo eso?

—Pues viene á deciros que la mataría mil veces antes que verla en brazos de otro hombre.

—¡Bah! una noche, ¡oh! no es cosa mayor.

—¿Qué decís? Pura como el pensamiento de Dios, vuestro ponzoñoso hálito la des-

lustraría para siempre. No una eterna noche, una mala idea, un mal propósito, la nube más chica, el vapor más tenue, la sombra más ligera la perderían, convirtiéndola de ángel en demonio.

—¡Qué ideas!

—Yo la quiero así, yo, y creedlo, así ha de ser, pese á quien pese. Yo la he respetado como respeta un buen católico á la virgen del altar; no consentiré que ningún nacido, ninguno, atente á su pureza. Yo quiero que mis hijos la quieran como yo he querido á mi madre. Y no se presentaría no tan pura, tan celestial é inmaculada como es en sí misma, ni ante los altares, ni ante la sociedad, ni ante la familia, ni ante la muerte, después que la hubiera manchado irreverente la baba de vuestros vicios.

—No sé cómo tengo paciencia para tanto.

—Señor, no faltéis ni á un siervo siquiera, por bajo que lo consideréis, por débil que lo creais. La piedra empotrada en el muro, desprendiéndose de pronto, puede aplastar vuestra cabeza; la víbora escondida en la hierba puede morderos en el pié y envenenaros la sangre. Yo, aquí, en hogar apartado, á la sombra de nuestro techo, en esta especie de nido, que será como un san-

tuario de mi familia, puedo vivir tranquilo, como deseo, prestaros vasallaje, ofreceros la corvea, rendiros todos los tributos feudales, pues no siento más deseo en mí, que aquel modesto y humildísimo de vivir con mi mujer honrada. Pero, si me quitáis tal esperanza consoladora, si os interponéis en el camino de mi felicidad, si bajáis hasta gozaros en arrebatarme la única ventura con que había soñado desde mi juventud, este supremo instante, ¡oh! creedlo, creedlo, me tornaré una fiera, y el terremoto más terrible no conmovería vuestro castillo como lo conmoverá mi ciego furor, y el incendio más voraz no consumiría vuestras selvas como las consumiría mi devastadora ira, y el tigre más carnicero no desharía en tantos pedazos vuestro cuerpo como lo desharían manos movidas por la venganza.

—Vamos, cálmate, y deja que me lleve á Catalina.

—Lleváosla, si ella consiente. Catalina, di, habla, ¿crees que ni leyes divinas ni leyes humanas pueden obligarte á ser de otro que de tu Santiaguillo? ¿Dejarías su duro y pobre lecho por el blando y rico de un emperador de Alemania?

—¡Oh! No, no,—dijo Catalina,—yo pre-

fiero mil veces la muerte. Antes que dejarme pasar á otros brazos me matarás, ¿no es verdad? me matarás, querido Santiago, con tu cuchillo de caza. Yo soy tuya, solamente tuya, delante de Dios y delante de los hombres; no puedo ser de ningún otro mortal.

—Ya lo véis. ¿A qué todo amor se reduce cuando no es correspondido? ¿A qué todo goce cuando no arranca de los senos del alma? La pasión verdadera debe llenar todo el sér de nuestro sér, y durar tanto como la esencia misma de nuestra vida. Un beso debido á la casualidad; un favor arrancado por fuerza; el arbitrario revoloteo de los sentidos que procuran un placer fugaz; todo eso no puede pedir primacia, ni ante Dios ni ante los hombres, al amor profundísimo de toda la vida, ó al juramento religioso prestado al pié de los altares, ó al afecto más vivo del corazón, ó á las ideas más arraigadas en conciencia; ó bien á la familia ó al matrimonio, y á la pureza de nuestras mujeres, y al honor de nuestros nombres y á la legitimidad de nuestras estirpes, y á todo lo que opone mi triste humildad al inquieto capricho de vuestro voluptuoso deseo.

—Vamos, déjate de todas esas tonterías,

y cumple sin esfuerzo aquello que no puedes resistir humanamente.

— Señor, tenéis tierras inacabables, en cuyos espacios se levantan castillos increíbles; sangre imperial late, pura en el noble cuerpo; caballeros de prosapia regia, inscritos en vuestras banderas, os juran fidelidad, y siervos y más siervos, rendidos bajo vuestras plantas, os prestan vasallaje; el cielo, graciosamente, os ha dado una esposa de la más alta prosapia y un hijo de la más robusta salud, compañera la una de vuestra felicidad, y heredero el otro de vuestro poder; todos los montes parecen criados para que cacéis con vuestros cortesanos en ellos; todas las tierras cultivadas para que en ellas cosechéis; todos los palacios erigidos para que podáis habitarlos; todos los labriegos encerrados para que podáis oprimirlos; y en estas vertiginosas alturas, cuanto se os ocurre, señor, es arrancarle su pobrecita mujer á un pobre posadero como yo, impedirle tras tantas desventuras una hora de felicidad, turbarle quizás la única noche venturosa de su vida, ¡oh! no habéis comprendido bien cuánta crueldad se contiene y encierra en ese proceder abominable, no lo habéis comprendido, no; pues de comprenderlo, re-

trocederíais con horror á los remordimientos de vuestra conciencia y el respeto debido por tantas consideraciones á vuestro propio nombre aquí en el mundo, y á vuestra propia alma allí en la eternidad.

Y Santiaguillo levantó con tanto fervor su mano al cielo, que parecía en realidad invocar la presencia de Dios y elevarla como un escudo interpuesto entre su pecho de vasallo y el atrevimiento y audacia de su feudal señor. La elocuencia, que prestan todo afecto muy sentido y toda intención muy honrada en circunstancias difíciles, dieron á su alma salida de madre, y vibrante con acentos sublimes, influjo soberano sobre los mismos congregados allí para vejarle. Poco á poco se había ido apoderando del pensamiento de todos con la soberanía omnimoda que tienen la honradez pura y la palabra elocuentísima en el hombre, y más en el hombre reunido con los demás hombres y formando una sociedad, siquier sea reducida y humilde. La luna brillaba con brillo extraordinario para tales climas, y caía en haces de luz perla; los ojos de Catalina, buscaban la mirada de Santiaguillo, para darle gracias por la defensa de su honor, y al buscar esta mirada, tenía toda su figura enalte-

cida por los varios resplandores, una sublime actitud de verdadera escultura como sólo saben tomarla por instinto, las mujeres en los grandes trances; estaba el conde á un lado, tan extremadamente rendido que parecía un reo, y no un señor; mientras sus compañeros y cortesanos, diseminados en varios grupos muy pintorescos, asentían al sublime lenguaje de aquel corazón exaltado, lenguaje, cuyos acentos á un tiempo mismo henchían los aires de muy arduos ecos y las conciencias de muy sublimes ideas. Parecía que ya estaba el conde completamente rendido; que las palabras de Santiaguillo hacían mella en su alma; que la noche le daba consejo; que la noble actitud de todos le imponía; que la invocación elocuente al derecho y al honor, le avasallaba; pues, pasados algunos momentos de las últimas palabras, reinaba ese profundísimo silencio precursor de las grandes resoluciones. Pero de pronto, el señor feudal, como si saliera de un sueño, ahogando los buenos instintos despertados en su ánimo por la palabra de Santiago, lanza una estrepitosa carcajada, y dice con acento de resolución y de imperio, tendiendo los brazos adonde se hallaban los dos novios.

—La muchacha es resueltamente para mí. Que no hubiera nacido tan hermosa, y no despertaría tantos y tan voraces apetitos en nosotros, los milanos imperiales que apenas solemos fijarnos desde nuestras alturas en esas pobres y modestas garzas, las cuales vuelan por regiones del aire inferiores, pero unidas á las nuestras. Vamos, vente á mí, hermosa Catalina, para que parezca nacida por completo de tu condescendencia una acción que dimana de tu deber.

—Señor,—dijo Catalina tendiendo sus manos suplicantes al feudal tirano.

—Catalina, por Dios y por mi alma, no supliques á tal fiera,—le dijo Santiago en voz baja y al oído con verdaderas instancias á la mujer á quien amaba y que no quería ver humillada en aquel extraordinario momento.

Pero Catalina, fiando, como suelen todas las mujeres, en la virtud de una súplica suya, se deslizó de los brazos del marido y cayó de hinojos á los piés del conde, hasta poner los ojos en sus ojos con tal expresión y las manos en sus hombros con tal fuerza, que hubiera seguramente rendido á una piedra, más sensible de seguro que las durísimas entrañas del feroz caballero feudal.

Sin embargo, la noble actitud de la muchacha, tenía tanta eficacia, de esa denominada en el adelanto de las ciencias fuerza magnética, que no pudo el voraz milano resistirse á un llamamiento de su conciencia, no tan callada, ni tan sumisa como creía, ciego en algunos extraordinarios minutos su indeliberado instinto.

—Señor conde,—dijo Catalina sollozando con tanta fuerza, que partían sus sollozos los corazones de todos.

—Catalina, Catalina,—murmuró el conde balbuciente y deseoso de que sus oídos no atendieran al llanto de la infeliz muchacha.

—Señor conde, contemplad... y un sollozo nuevo partió del pecho de Catalina, que no podía contener aquella inundación de lágrimas, ni aquella tempestad de suspiros, expresión verdadera de horrible agitación de su alma. Entre los circunstantes, algunos sollozaban también á hurtadillas, y de buen grado se hubieran interpuesto en aquella escena de horror á no temer como temían las salidas del conde y su crueldad horrible. Por fin, Catalina se dominó un tanto, y pudo decir, ya soberana de sí misma estas frases.

—Señor, yo he temblado siempre, hasta de niña, cuando he visto separar una pare-

ja de pajarillos en los árboles, ó una madre del nido, por la crueldad nativa en los muchachos. Apiadaos de nosotros, señor, que nos amamos tanto y que hemos sido los dos criados el uno para el otro, según los sentimientos probados desde la hora primera en que nos vimos. Yo no puedo amaros ni un momento. Mi alma tiraría de mi cuerpo con fuerza incontrastable, si quisiera caer en vuestros brazos. Y no se posee nada cuando no se posee el alma. Piedad, pues, piedad. Invoco las canas de mi padre que siempre os ha servido con lealtad. Invocó la memoria de mi madre que crió á sus pechos dos príncipes de vuestra familia. Invoco el honor de los míos, ese honor, que también alcanza de seguro á los siervos. Nada os pedimos á vos, que lo podéis todo con vuestra fuerza y con vuestra riqueza. Nada deseamos, nada, sino que dejéis en paz un hogar tranquilo de suyo, una mujer modesta y honrada, un joven á quien el matrimonio dará más serenidad de ánimo y mayor y más fecunda virtud. Nada os exigimos en estas angustias nuestras, sino que moderéis vuestros ímpetus incontrastables y salgáis de esa triste alucinación que puede perdernos á todos en estos tiempos de turbulencias y de re-

vueltas. Acordaos de vuestra mujer. ¿Quisiérais que otro la profanara y os la entregase conspuida y abyecta? Señor, acordaos de vuestros hijos. ¿Quisiérais dudar de su legitimidad? Por un momento, por un minuto, por un relámpago tan solo vais á manchar toda una vida y vais á perder el alma. Por un minuto de placer fugaz, vais á desatar la guerra sobre todo este vuestro territorio, y vais á precipitaros y sumergiros en los profundos infiernos. Dios nos ve, Dios nos oye á todos. Y si os vencéis ahora, de seguro habéis vencido al demonio, que os tienta; y venciendo al demonio, habréis ganado el cielo, donde os reserva Dios una corona más preciada que todas cuantas habéis ceñido y llevado aquí en la tierra. No, no poseéis esos derechos infames sobre nuestra castidad, no podéis poseerlos. Aunque os los dieran vuestros pergaminos, ¡ah! os los quitarían de seguro nuestros instintos. La ley no puede mandar aquello que niega y resiste la naturaleza. Yo no puedo amaros. Podréis llevarme á vuestro lecho encadenada, no dominaríais ni sobre mi cuerpo siquiera, porque hasta mi cuerpo mismo, en su fuerza instintiva, os opondría por completo á vuestras caricias con una invencible resistencia.

Dejaos, pues, de tales demandas, dejaos definitivamente. No turbéis la noche primera de nuestras legítimas y santas bodas con pretensiones infernales, que sólo ha podido sugeriros Belzebú. Respetad en pobre, misérrima, tristísima esclava, señor, á todas las mujeres á quienes habéis amado en el mundo; respetad á vuestra madre, á vuestra esposa, á vuestras hijas. Por caridad, por Dios, por vuestro espíritu, por el alma, por la eternidad, por la honra, por todo, piedad, señor, piedad de nuestro Dios, pero muy especialmente piedad, piedad de vos mismo. Nada vais á lograr de mí, nada en absoluto, y podéis perderlo todo por misérrima incomprendible tenacidad. Nosotros, en cambio, pasaríamos la vida entera consagrados á vuestro servicio con gusto, y enseñaríamos á los hijos de nuestro amor á bendecir y aclamar vuestro nombre. Piedad, pues, piedad de nosotros dos, piedad, sobre todo, señor, de vos mismo, para que no caiga esta mancha de un modo indeleble sobre vuestra tierra y sobre vuestros hijos.

Las palabras de Catalina produjeron efecto contrario al que buscaba la infeliz en su desolación. El conde, cada vez más dominado por su sensualidad, no escuchó ni súpli-

cas, ni reflexiones. Sacó de su cinturón feudal un pito; sonó con fuerza en él; y á este horrible y estridente sonido, diez de los compañeros del conde, se apoderaron del pobre Santiaguillo, echándolo con fuerza por tierra, y otros diez se llevaron de súbito á Catalina, donde estaba, en el alto de caza, el castillo de sus placeres improvisados y de sus amores violentos.

CAPÍTULO XII.

EL CRIMEN.

Mientras el conde anduviera en esas correrías, arrancando aleve de su nido la pobre avecilla, que se apercibía, pura é inocente, al sacro amor de la familia, la condesa en su gabinete aguardaba sin acostarse la vuelta de su marido. Una lámpara preciosa de continuo ardía frente á la Virgen, pintada sobre tabla, verdadera imagen del misticismo idealista, que prevalecía en la Edad Media, y que generaba esas figuras de dibujo incorrecto y proporciones desmedidas, cuyo rasgo característico se descubría en el angélico semblante, bien propio para serenar y adormecer las tempestades más bravías del pensamiento y los dolores más agudos del corazón. Cerca del cuadro de la Virgen, como puesta bajo su espiritual amparo, veíase una